

## Gordos

■ Por más que algunos de ellos pretenden lo contrario, los gordos son gente simpática. Al verlos, uno no puede menos que imaginar que, dejando a un lado todos los prejuicios, se han dedicado a la envidiable tarea de recrear su paladar y regalar su estómago con todo eso que los demás mortales evitan, temerosos de perder la línea.

De ahí que se les atribuya a los gordos virtudes difícil de hallar: la tolerancia, la alegría de vivir, la sabiduría de los simples. Basta que un actor gordo aparezca en escena, para que el espectador se arrellane en el asiento dispuesto a pasar un momento placentero. Se sabe por anticipado que un actor gordo no podrá representar un personaje espiritualmente torturado o a un villano despreciable. Si aparece en escena, el gordo lo hará para transmitir humanidad, candor, ingenuidad. En una palabra, simpatía.

Sin Sancho Panza, el escuálido Don Quijote no se habría convertido en el genial personaje literario que él es. Necesitaba del gordiflón escudero, para que resaltara su disparatado idealismo, sus sueños dislocados, sus ansias de aventura. Es la sabiduría de Sancho —sabiduría de gordo, al fin de cuentas— quien da la perspectiva necesaria para que el Hidalgo Caballero de la Triste Figura adquiera toda su fascinante dimensión humana.

El gordo siempre es víctima, jamás victimario. Cuando en la cueca se nos dice que "como que se perdía, lo recibía el gatón Loyola", nos es fácil reconstruir la imagen de un gordo bonachón, incapaz de moverse después de haber comido y bebido a su regalado gusto, pagando los platos rotos de una batahola iniciada por flacos pendencieros. Si en la cueca se nos dijera, en cambio, que quien recibe los combos es el flaco Loyola, la imagen no surgiría con facilidad y la cueca no habría sido tan popular. Y dejo constancia que el autor es el Flaco Gálvez.

Hubo un tiempo que se equiparó gordura con hermosura. Un tiempo radiante del que Rubens dio testimonio en retratos de mujeres de carnes redondas y sonrosadas y hombres que reflejaban bondad y paz a través de sus robustos cuerpos, pero en algún momento el péndulo de la historia principió a retroceder y el prototipo del ser humano ideal a enflaquecer.

Tengo la impresión de que en ese momento principieron los problemas para la humanidad. En nombre de la salud, de la moda o de una nueva estética, los gordos principieron a ser aventados de la faz de la tierra.

Principieron los ejercicios físicos violentos, los masajes, las dietas. Se descubrió que la grasa contenía colesterol y que la sacarina insípida y artificial podía reemplazar a la dulzura de la caña de azúcar. Y junto con estilizarse la figura humana, se fueron perdiendo esas virtudes espirituales que emanaban los cuerpos redondeados.

Tal vez sea por eso que la presencia de un gordo nos despierta siempre una sensación de simpatía. En todos los flacos, hay un gordo frustrado, un hombre o una mujer que siente la nostalgia del paraíso perdido en que el placer natural de comer no estaba reglamentado y donde la gordura no era signo de descuido, sino, por el contrario, testimonio de un buen vivir.

Al llegar a este punto de mis reflexiones, advierto que ellas pueden provocar las iras de médicos y modelos; atletas y modistas; dueñas de casa empeñadas en que su marido adelgace a través de una dieta sana, pero insípida y la verdad es que no pretendo contrariar a nadie. Tan sólo darle una mano de apoyo, unas palabras de estímulo y una sonrisa de simpatía al grupo humano más discriminado en la sociedad contemporánea: los gordos.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA